

CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA.

INTRODUCCION.

COSTUMBRE es incluir los tiempos llamados heróicos entre las suposiciones de la fábula, y preferir la confesion de una ignorancia fácil y desdeñosa á investigaciones que para correr con crédito, tienen que apoyarse en estudios tan varios como prolijos. No existiria la historia á no ser en ella admisibles las conjeturas; y si por otra parte renunciámos á la tradicion, ¿qué autoridad invocaremos en nuestra ayuda? Saldrános al encuentro Mr. Daunou con el testimonio fehaciente de los documentos contemporáneos, escepticismo literario no ménos nocivo que cualquier otro; pero donde se trasluce la verdad, ¿á qué exigir la verosimilitud? Si á vueltas de Herodoto figura entre los historiadores el grande Homero; si desnudos ó exornados de su antiquísima poesía, el *Ramayán* y el *Mahabarat* se consideran como crónicas de la India; si al mismo *Génesis* presta mayor importancia histórica la forma poética que le realza, y si finalmente nuestros *romances* son otras tantas páginas desprendidas de los remotos anales de nuestra patria, ¿qué más defensa podemos hacer de la tradicion? El hombre que de siglo en siglo ha trasmitido y perpetuado sus facultades, ¿sólo ha de haberse olvidado de su me-

moria? Conservan todos los pueblos la del universal cataclismo que renovó su naturaleza, ¿y han de haber perdido la de su origen, y la de sus primeras y más notables vicisitudes?

A los que hemos concebido el propósito de ilustrar nuevamente la historia de la Península española, séanos lícito discurrir un tanto sobre el origen de sus primitivos pobladores, su establecimiento, su sucesion, y los varios elementos que entónces constituyeron su existencia, dado que mal pudiéramos descender á épocas posteriores sin conocimiento alguno de las precedentes, ni recorrer una por una las partes y regiones en que sucesivamente fué dividiéndose hasta nuestros dias, sin cierta idea preliminar de lo que en sus principios fué en conjunto, bien que no formase estado homogéneo, ni verdadera y compacta nacionalidad. Reduciremos este exámen á los ménos términos posibles: á procurarlo así, cuando otra cosa no sea, limitaremos tambien nuestra primera solicitud.

Dispersos por la haz de la tierra Noé y todos sus descendientes, cúpole á Japhet encaminarse desde los llanos de Senaar al Norte de la Mesopotamia. Su hijo Thubal, ó más propiamente dicho,

Thobel, atravesó el Nilo, y siguiendo la costa de Africa, pasó el Estrecho que separaba á esta region de Europa, dejó á su sobrino Társis en las costas de la que por él se llamó Tartésida, se adelantó por las orillas del Mediterráneo hasta la Galia, y venciendo los Alpes, se posesionó de toda Italia, aproximándose al Danubio, rio de la Germania, donde á la sazón se hallaba ya Magog, ascendiente de los scitas, gogs ó *gothos*, con su hijo Thiras, de quien procedieron despues los tracios. No era empresa irrealizable tan larga peregrinacion para una sociedad esencial y absolutamente nómada, llevada de la curiosidad, estimulada por la codicia, que obedecia á un destino providencial, y no tenia que superar más obstáculos que los que pudiera oponerle la naturaleza. En esta emigracion y sucesivo establecimiento convienen con el *Genesis* los más antiguos historiadores, fieles intérpretes de las tradiciones recogidas en lugares distintos y en diversas épocas. Grecia misma la consignó en los ritos y misterios de su sagrada mitología, convirtiendo á Noé, cultivador de las vides, en su dios Baco ó *Liberio pater*, llamado tambien Dionisio, que fué quien conquistó la India, y este mismo Baco envió como su lugarteniente á *Pan*, cuyo nombre en griego, significa tanto como Thobel, es decir, el universo, *todo*, ó porque todo lo vió, atravesando la mayor parte del globo, ó por ser la divinidad que representaba toda la naturaleza. Pan es tambien el dios *Fan*, Fano ó Fauno de las selvas, el que adoraban los druidas en los bosques, el dios *Tout* de los teutones y el *Tanfana* ó Ton-fano de los germanos.

Mandado Pan, es decir, Thobel, por Noé ó Baco para colonizar el país que caia á la parte más occidental del Mediterráneo, dióle su propio nombre, que si de Thobel se llamó *Thobelia*, y thobelios sus habitantes, de Pan tomó el de Pania, ó *Spania*, con que fué conocido posteriormente. Dijose asimismo *Lysa*, de donde provendria la denominacion de Lysitania ó *Lusitania*, como de Társis recibieron la suya los *tartesios*; posible es que sea el mismo *Endobel* (En Thobel) ó *Endobélico*, á quien se dice que rindieron adoracion los españoles, como adoraron los gentiles á Japhet, bajo el nombre de Neptuno, númen tutelar y soberano de los mares; pero lo indudable es, que los moradores que trajo consigo Thobel, no sola-

mente se distinguieron con el nombre de thobelios, como dejamos dicho, sino con el de *persas*, porque procedian de Persia, y con el de *iberos*, que parece significar *trans-mare*, con respecto al país de donde partieron, ú otra cualquiera alusion y circunstancia, más bien que el rio Ebro, segun se afirma, que recibió el nombre de ellos, y que con ser uno de los principales, ni era el más meridional de la Península, ni la atravesaba toda.

A estos sacintos preliminares reducimos la enmarañada cuestion de nuestros orígenes, fundados, nó en meras y caprichosas denominaciones ó en vanas exterioridades, sino en la existencia necesaria de una sociedad primitiva con superiores ó caudillos reconocidos, en la determinacion de estas mismas entidades, y en la tradicion fácil y natural consignada en los textos más antiguos, más puros y autorizados. No contraeremos el empeño de explicarlo todo satisfactoriamente: por querer probar demasiado, se prueba á veces lo contrario de lo que se intenta. Dícese que aquellos primeros colonizadores están comprendidos en el número de los *titanes*, de los que comenzaron á fabricar con lodo amasado y endurecido, que esta es la definicion, algo parafrástica, sin duda, de la voz hebráica; afirmase tambien que Thobel, el Tubal de nuestras historias, vivia aún cuando un terremoto ú otra causa natural rompió la lengua de tierra que unia al Africa con España, puso en comunicacion el Atlántico y el Mediterráneo y sumergió en los cóncavos senos del mar la dudosa *Atlántida*; y para completar la série de corolarios con que se descifran semejantes mitos, se añade, que pues Thobel equivalia á Hércules, y el rompimiento del istmo occidental acaeció en su tiempo, nada más natural que atribuir á su esfuerzo lo que sólo dependia del de la naturaleza, y que los dos montes que sobrevivieron á aquella ruina tomaron el nombre de columnas de Hércules, y se considerasen como término y *non plus ultra* de sus empresas. Ni afirmamos ni negamos la probabilidad de estas conjeturas, pero tan ingeniosas y exactas resultan hoy, que seguramente parecen forjadas á *posteriori*.

En lo que no cabe incertidumbre alguna es en asegurar que el Hércules de los iberos era el egipcio, es decir, el más antiguo de cuantos se inventaron posteriormente; como tampoco puede

negarse que bajo la denominacion de iberos y de Iberia se comprendieron en sus principios, no solamente los pobladores de estas partes ó extremos occidentales de Europa, sino los que se deramaron por la Galia, la Italia y la Germania, hasta el Danubio ó Vístula, todos pertenecientes á una misma raza, la caucásica, todos unidos por vínculos de afinidad comun, que traen su origen del gran patriarca Thobel, todos, en una palabra, hermanos y constituidos en la propia herencia: principio que conviene enlazar desde luego con estos primeros albores de la civilizacion humana, porque si bajo el aspecto histórico es de suma utilidad é importancia, dado que resuelve problemas que sin este auxilio permanecerian indescifrables, en otros sentidos, en el moral y político, por ejemplo, debiera ser altamente benéfico y consolador; debiera persuadir á la grande asociacion europea, de que aun cuando la diversidad de climas, influencias, hábitos é intereses haya podido establecer diferencias entre sus pueblos, nunca hubieran debido ser estas radicales hasta el extremo de haberles hecho olvidar que un tiempo fueron hermanos en su nacimiento, consortes en su cuna, compañeros en su peregrinacion é iguales en su destino, vicisitudes y aspiraciones.

Siete siglos permanecieron los thobelios ó iberos en pacífica posesion de sus colonias peninsulares, en cuyo tiempo es de presumir que como ganaderos y aventajados agricultores que eran, sabrian aprovecharse de la feracidad de las tierras que cultivaban, y áun ejercer en considerable escala la industria y el comercio, y beneficiar los metales que extraian de las vírgenes minas que hallaron en la parte montuosa del interior. Fundaron vicos, pagos y ciudades en las márgenes de los rios, ó en medio de los risueños valles que estos formaban, y pusieron los nombres de Anna, Tagus y Eberus á algunos de los mencionados rios, como los de Amoca, Amanus, Menosca, Libana y Gerunda á las principales poblaciones en que se habian establecido. Su organizacion era pacífica, como que se veian tranquilos poseedores del territorio; la autoridad estaba á cargo de los jefes de tribu ó patriarcas: aquellos, si existieron alguna vez, debian ser los siglos de oro, la venturosa edad fingida por los poetas.

En Egipto habian quedado los descendientes de Cham, hijo de Noé, y prosperado allí y enriquecido sobremanera; generacion, puesto que no fuese raza privilegiada, que desde luego habia empezado á distinguirse por el cultivo de su inteligencia. Conquistaron el territorio adjudicado á Sem, hicieron dueños de la costa del Mediterráneo Sirio, y despues de fundar por aquella parte extensos establecimientos, lanzáronse en sus fuertes y anchurosas naves mar adentro, recorriendo y ocupando varias islas del Mediterráneo. Sidon era el asiento de su imperio; Tyro, la opulenta Tyro, lo fué despues. Ni Creta ni Ródas pudieron oponerles resistencia: dueños de entrambas islas, y de una gran parte de las costas de Africa, determinaron serlo tambien de las del mar Ibérico; mas no se encaminaron al Occidente, sino que haciendo rumbo á la Tartésida y prendados del suave clima y fertilidad de la Bética, en esta se fijaron, construyendo varias ciudades, y principalmente Cádiz, *Gades*, que por llamarse ellos fenicios, recibió la misma denominacion, de la que aún se envanece hoy dia.

A los primitivos pobladores, á los iberos, hacen algunos suceder inmediatamente en el orden de advenimiento y en la posesion de una gran parte de la España antigua, los celtas, pueblos septentrionales, groseros, feroces, faltos de toda policía é ilustracion, como despues veremos; mas si la venida de los fenicios á las partes occidentales, segun el cómputo más autorizado, fué siete siglos despues de la colonizacion de Thobel, ¿cómo ó cuándo adquirió predominio aquella inculta raza, que por otra parte sabemos ser una degeneracion de la primitiva? Iberos y fenicios participaban de un origen contemporáneo, y no es posible entre unos y otros intercalar pueblos que suponian diversa y áun contraria civilizacion, y que no habian de arrojarse á lejanas y extrañas conquistas precisamente en el período de su infancia, cuando aquellas indican el de la virilidad. Para que resalte más el anacronismo, basta un solo recuerdo: los romanos que combatieron con los celtas, nada dicen de los fenicios; dado el carácter belicoso y conquistador de la nacion céltica, ¿es creible que hubiera cedido el puesto á los que con bandera de paz sólo pensaban en su tráfico y en el ensanche cada vez mayor de sus factorías?

Esta política, no sólo inofensiva, sino benéfica, fué lo que más contribuyó á su prosperidad y engrandecimiento, en términos de que si no fundaron, como parece indicarlo Tolemeo, las ciudades de Mellaria, Transducta, Barbesula y otras de la costa de Granada, en la direccion de Oriente, las ocuparon por lo ménos, así como las islas Baleares, repoblándolas con sus colonias. Quedó Cádiz como monumento y perpétuo blason de su dulce imperio; mas no penetraron muy adentro en el corazon de España, ni tuvieron noticias exactas de las regiones occidentales y boreales de este país, porque como observan algunos, si las hubiesen habitado, ó conocido cuando ménos y frecuentado, no hubieran los griegos, que eran discípulos suyos en los conocimientos geográficos, tenido tan escasas nociones, segun dice Polibio, de las tierras occidentales.

Entiéndase, sin embargo, esta asercion como referente á los primitivos griegos, y á la parte occidental de la Península Ibérica, pues los pelagos hicieron repetidas excursiones por los mares Adriático y Tirreno, no ménos que hácia la Iberia y la Tartésida, aquellas cuando su célebre expedicion de los argonautas y durante la guerra de Troya, y la última en la época de Argantonio, es decir, cuatro siglos despues que los fenicios. Sucedieron, pues, á estos los griegos en la ocupacion de las islas ibéricas, á las que denominaron gimnesias, baleares, pithyusas y ophyusas. Internándose luego en el continente, fundaron á Aretalia, Elayos y Chersoneso, nombres griegos que equivalieron despues á los de Artana, Eslida y Peñíscola, y la más insigne ciudad de todas, Sagunto, cuyos fundamentos echaron los zacintios á orillas del rio Serábis.

Prendados de la benignidad del clima, y cebados en la ganancia que sacaban de su comercio, encamináronse al Estrecho, y rodeando el Atlántico, avanzaron en innumerable muchedumbre por la costa de Galicia, dejando memoria de su dominacion en Tyde (Tuy), Opsicela, Amphiloquia, y arraigando de tal manera en otros puntos, que todos los gallegos, segun un antiguo escritor, eran de origen griego. La misma procedencia que los gravios, helenos y tydios, fundadores de las ciudades mencionadas, reconocian los ligures, que vinieron á la Iberia algunos siglos ántes de la guerra de Troya. Descendieron estos de los

Alpes, situáronse en la costa de Narbona, y pasando los Pirineos, se hicieron dueños de la tierra de los sicanos, hoy Cenia, y sus cercanías, los cuales, expulsados de sus moradas, fueron á establecerse en Sicilia, que de ellos se llamó Sicania. Cádiz habia sido el emporio de los fenicios, y Sagunto lo fué de los griegos, á quienes debieron tambien su existencia las ciudades dichas Sepelacon y Olvia, y con los que por fin tuvieron que venir á las manos los turboletas ó turbetanos, es decir, los habitantes de Teruel y todos aquellos campos, que veian atropellados sus límites y por consiguiente mermadas sus propiedades.

Tranquilos poseedores de uno y otro país ibérico se contemplaban los colonos griegos y los descendientes de los primitivos fenicios, cuando una nueva invasion de gentes salidas de entre las asperezas del Norte se derramó en atropellada falange por los ámbitos de la Península. Eran estos los escitas ó celtas, que tenian por antecesores á Magog y á Aschenaz, pobladores de la Escitia asiática y europea, es decir, de Cimeria, hoy Crimea, de la Sarmacia y la Tracia hasta la márgen izquierda del Danubio. De intento hemos empleado como sinónimas las voces *escita* y *celta*, porque las razas por ellas representadas derivaban de un mismo origen. Aglomerada la poblacion en las regiones septentrionales, menesterosa de los recursos necesarios para la vida, y sin embargo sobrado alentada y fuerte para procurárselos donde quiera que los hallase, determinóse á invadir las provincias meridionales de Asia y Europa. Siguiendo á sus innumerables tribus en esta última, sabemos que atravesando el Danubio, fueron sucesivamente ocupando varios puntos y vinieron á parar á España, llegando hasta los cabos de Finisterre y de San Vicente. Los que quedaron en las márgenes del Danubio (Istro) y del Don (Tanais) se denominaron *scitas*; los que ocuparon las partes occidentales desde los Alpes ó el Ródano hasta Cádiz, fueron llamados *celtas*; *germanos* los que se estendieron desde los Alpes al Danubio y el Eridano ó Rodaune; y los moradores de la zona comprendida entre los Pirineos y los Alpes, *galatas*, *gallos* ó *galos*.

Al llegar á las fuentes del Danubio, se dividieron en dos grandes cuerpos, uno que se fijó en la Galia Narbonense, y otro que encaminándose á la Aquitania, salvó los Pirineos, y se estableció

en Navarra, país que se distinguió con el nombre de *Vasconia*. Esto parece lo más probable, y asimismo que enderezando el rumbo por la costa del Océano, se detuvieron en Cantábría, y que por el Cabo de Finisterre, llamado por ellos promontorio *céltico*, pasaron á Galicia, á la Lusitania y á la parte de la Bética desde Sierra Morena hasta el Guadiana. Desde Cantábría, siguiendo el cáuce del rio Ebro, ocuparon otros la region de los berones y de los iberos propiamente dichos, los ribereños del Ebro, de que resultó el nombre compuesto de *celtiberos*, y por último se propagaron hasta la falda occidental de la sierra de Espadan, llamada entonces el Idubeda. Acaeció esta invasion ocho siglos ántes de nuestra Era. Con el ejemplo y aspecto de aquella gente feroz y agreste, totalmente se trocaron el carácter ingenioso y las sencillas y apacibles costumbres de los naturales; trocose tambien su nombre, como hemos visto, en el de celtiberos, pues el error de los que niegan esta postrera agregacion consiste en suponer que los celtas sólo ocuparon las partes de Galicia y la Lusitania. Una vez allí, ¿qué inconveniente podian hallar en esparcirse por el resto de la Península?

De su dominacion y coexistencia en varios puntos, dán todavía fé los monumentos que se conservan en todos ó la mayor parte de los países mencionados, lo mismo en Navarra y la llanura de Alava, que en Santander, Galicia y Andalucía. No tienen carácter de construcciones, ni de morada humana, sino de señales, hitos ó monumentos conmemorativos, que en todas partes se consideran ya como célticos ó drúidicos. Y no sólo forman una especie particular, sino que se distinguen entre sí con nomenclatura propia y determinada, por más que el vulgo los contemple como promontorios de piedra, casuales y caprichosos, arrastrados de uno á otro punto por la impetuosa accion de la naturaleza. Así se diferencian indudablemente por su significacion y por el objeto á que se destinaban, el *menhir* del *pelvan*, los *dolmenes* y los *trilitos*, colocados los unos en los recintos sagrados y sepulcrales, los otros que servian de aras ó mesas para los sacrificios, y todos de tamaño y formas proporcionadas, ya extendiéndose en una série de pilares de piedra, ya apoyándose en uno de estos por un extremo y por el otro en tierra, ya circu-

lares y con cierto movimiento oscilatorio ó de rotacion.

Pasados estos oscuros tiempos, entramos ya de lleno en el terreno histórico, para la ilustracion del cual nos suministran copiosos datos los autores, así antiguos como modernos; entramos en el período de agresiones y conquistas armadas por parte de los ambiciosos invasores de la Península, y de heroica resistencia y fiero teson por parte de los que defendian su nacionalidad, sus campos y sus hogares. Un laconismo más convencional que exacto ha introducido la costumbre de designar á la Iberia de aquellos tiempos con los nombres de España *cartaginesa* ó España *romana*; la historia, para ser justa, debiera proscribir semejantes calificaciones, porque generalmente hablando, puede considerarse la Península, respecto á sus dominadores, como un pueblo sometido, mas no sumiso, como un pueblo, que si á veces se mostraba dócil aliado de sus opresores, nunca lo fué sincero, apresurándose á rechazar el yugo extraño así que la ocasion ó su propio vigor restaurado lo consentia; pueblo amante como el que más de su independecia, y como ningun otropreciado de sus fueros y libertades, puesto por la naturaleza en un confin de la tierra, para que más fácilmente defendiera la que era suya, y ceñido además de una cadena de asperísimas montañas, que le sirviesen de valladar y reparo contra toda usurpacion de sus allegados ó sus enemigos. España, pues, no ha reconocido nunca más metrópoli que la propia.

Bien lo demostró en su pertinaz lucha contra Cartago. Acostumbrada esta república desde antiguos tiempos al comercio con la Península, concedora de sus recursos y envidiosa de sus riquezas, no bien se repuso del quebranto que habia experimentado en la primera guerra púnica, sostenida con tantas ventajas por los romanos, cuando su capitán Amílcar Barca se encaminó á España, tomó tierra en Cádiz, y al frente de su ejército, espada en mano, penetró por la Bética, dejó suficientes fuerzas en la costa de Granada, y avanzando por la del Mediterráneo, echó (por lo ménos así se cree) los fundamentos de Barcino, á la que en memoria del suyo dejó este nombre. Apresuró luego su marcha hasta el Pirineo, con ánimo de cruzarle para ir á Italia, que era el fin de todos sus pensamientos; quiso asegurar su

imperio, construyendo en la cima de Idubeda á *Libana*, que despues se llamó *Castrum Album* y *Montalban*; mas habiendo empeñado una batalla en aquellas inmediaciones, con Orison, jefe de los celtíberos, perdió en ella victoria y vida.

Sucedíole su yerno Asdrúbal, fundador de Cartagena, caudillo afortunado en sus empresas, mas no en su muerte, que la recibió violenta de manos de un celtíbero enfurecido. Al frente de las armas cartaginesas se puso Aníbal, hijo de Amílcar, á quien de niño dicen que su padre habia hecho jurar odio implacable contra los romanos. ¿Qué juraria respecto á España? Era sin duda Aníbal un capitan insigne, de grande y valeroso ánimo, diestro, sagaz, consumado en el arte bélico. Cruzó lo interior de España, faltó á los pactos que tenian hechos con los romanos (ya entonces iba quedando en proverbio la *fé púnica*); rompió la línea del Ebro, y para suscitar querella á sus enemigos, puso sus haces delante de Sagunto, ciudad que se consideraba neutral y estaba además bajo el patrocinio de los romanos. No hay para qué detenerse á referir lo acontecido en aquella inmortal empresa, tan gloriosa para los vencidos como funesta á los vencedores. De la debilidad de sus muros sacaron los saguntinos ánimo y fortaleza para resistir ocho meses á sus contrarios; los que voluntariamente no se entregaron al hierro de los cartagineses, sirvieron de pábulo á la inmensa hoguera en que hacinados y revueltos perecieron padres, hijos, hermanos y esposos, los bienes que pudieron llevar sobre sus hombros, las vidas que parecian solamente consagradas á la libertad y defensa de la patria. ¡Sublime ejemplo se dió allí al mundo! Murió todo un pueblo de héroes, pero engendró una nación que no habia de sucumbir jamás á fementidos conquistadores.

Y fué así, que acometiendo Aníbal, no impresionado por un sueño, como se asegura, sino por los consejos de su padre, una de las expediciones más admirables que ha presenciado el mundo, despues de sojuzgar la Italia y espantar desde Cánna á aquella Roma que ya se creia invencible, nada adelantó en España, y hubo de acelerar con un tósigo el término de sus dias. La segunda guerra púnica fué para Cartago más ruinosa que la primera: vienen los Escipiones á vengar la asolacion de Sagunto, y unidos unas veces con Idibil y Mandonio, caudillos de los iberos, y otras

volviendo sus armas contra los naturales, consiguen derrotar á Magon y á sus cartagineses, mas no arraigar su imperio en España, donde ambos hermanos hallan al fin la muerte, y un sepulcro, si es cierta la tradicion, en los campos de Tarragona.

La tercera guerra púnica lanza para siempre de las provincias de Iberia á los cartagineses, el año 607 de la fundacion de Roma y 147 antes de nuestra Era; mas para enseñorearse nuevamente de una gran parte del territorio, no del afecto de sus pobladores, hubieron de sostener los romanos una lucha de doscientos años. Otro Escipion fué el héroe de sus conquistas; un oscuro pastor, Viriato, intimidó de tal manera á los pretores y cónsules, á los caudillos y aguerridas cohortes de la que se proponia dominar el mundo, que no pudieron vencerle sino á traicion, valiéndose del puñal de un asesino. Numancia, situada en el distrito de los arevacos, no lejos de nuestra Soria actual, renovó las proezas de Sagunto. Vencedora de Quinto Pompeyo, de Cayo Hostilio Macino y de Pison, vióse estrechamente sitiada por Escipion el Africano, el triunfador de Cartago, con un ejército de sesenta mil hombres. No se arrojaron á las llamas los numantinos: rechazaron denodados uno y otro asalto; y cuando privados de todo auxilio, y estenuados de fatiga y de hambre, se hallaron sin fuerzas para sostener las armas, tuvieron la suficiente para darse muerte unos á otros, sacrificándose inhumanamente, pero cumpliendo su juramento de no caer vivos en poder de sus opresores.

Hoy dia es, y removido el suelo de la que fué Numancia, asoman, como con afan de mostrarse, á su superficie las sagradas cenizas de aquel gran pueblo; reliquias que la venganza de Escipion legó involuntariamente al asombro de la posteridad. No es posible contemplarlas con ojos enjutos; créense todavía calientes, y á su contacto se enciende el corazon en ferviente entusiasmo de patriotismo.

Con el tiempo cambia tambien el aspecto de la fortuna: no degeneran de su valor antiguo los españoles, pero aunque con repugnancia, se dejan conducir por el romano Sertorio, que proscrito de su patria, insigne capitan y político profundo, los familiariza con la victoria y cambia sus instituciones, y establece en el país la unidad y orga-

nizacion romanas. Asesinado en un convite, nombra sucesor y heredero suyo á su enemigo Perpenna, y de tirano en tirano, cae España bajo el dominio de Julio César, despues de haber terminado la epopeya de sus hazañas con el héroe cuanto horroroso episodio del *hambre de Calahorra*.

Ya en esta época cada provincia adquiere límites propios, y cada pueblo su individualidad y fisonomía: procuraremos marcar bien esta diferencia, al trazar el cuadro de unos y de otras dentro del general que nos hemos propuesto llevar á cabo. Tan desconocidas son para nosotros la organizacion política y la division en más ó ménos porciones de la Península primitiva, que ni áun á conjeturas nos es lícito recurrir para establecerlas. De los iberos, fenicios, griegos, celtas y cartagineses, que sucesivamente poblaron y clasificaron su territorio, sólo nos queda una vaga é incierta nomenclatura, que sería aventurado empeñarse en reproducir; si posteriormente ocuparon los celtíberos el centro de la Península, y si los cántabros, astures, galaicos, vascos y lusitanos fueron dando nombre á las comarcas en que definitivamente permanecieron, cuestiones son que no pueden resolverse aún ni con el auxilio de las ciencias arqueológicas, ni á la luz, viva y segura siempre, de la etnografía.

Una de las divisiones más antiguas que se conocen, la de la España *Citerior* y *Ulterior*, pertenece á la época de la dominacion romana, y no puede remontarse más allá del año 195 ántes de Jesucristo. Créese, sin embargo, que con anterioridad á esta fecha España formaba una sola region ó provincia, y que para facilitar su régimen y hacer más practicable su dominio, establecieron la mencionada division, bien que arbitraria y desigual, aquellos conquistadores. La línea de separacion la trazaba el Ebro, ya por ser el rio más importante y famoso de la Península, si es cierto que de él recibió su nombre, ya por limitar el territorio á los términos precisos de que hasta entónces se habian sus armas definitivamente enseñoreado. Componia, pues, la España *Citerior* la parte allende del Ebro, desde el Mediterráneo y montes Pirineos hasta las montañas de Astúrias, por donde se estendian los pueblos llamados Vaceos, Oretanos y Contestanos, es decir, desde Astúrias hasta el reino que despues se denominó

de Murcia, bien que al principio se considerase la línea divisoria mucho más hácia el curso del rio, ó hácia el Oriente. Por consecuencia quedaba para la España *Ulterior* lo restante del territorio, desde las costas ya más meridionales del mar tambien llamado Interior, hasta los Pirineos y mar Cantábrico; en la cual region estaban incluidas la Bética, la Galicia y la Lusitania.

Andando el tiempo, sufrieron estos límites algunas alteraciones, pero ninguna radical, hasta que el emperador Augusto, por razones parecidas, sin duda, á las que quedan indicadas, determinó formar tres provincias de aquellas dos grandes regiones, dándoles los nombres de Tarraconense, Bética y Lusitania. Adjudicó á la primera toda la *Citerior*, y de la *Ulterior* una buena parte, y distribuyó esta última entre las dos nuevamente creadas, con que la desproporcion resultó la misma, pues al paso que la Bética comprendia los reinos posteriores de Granada y Jaen, el cáuce del Guadiana hasta Ayamonte, extendiéndose por el Mediodía hasta uno y otro mar, y que la Lusitania corria desde el Guadiana al Duero, y por Leon y parte de Portugal á la Extremadura; la primera, esto es, la Tarraconense, ensanchaba sus términos por Cataluña, Valencia y Murcia; seguia el Mediterráneo, coincidiendo con la Bética, y por Castilla y Galicia, llegaba á las provincias Vascongadas, y tornaba á su nacimiento pasando por Fuenterrabía.

Fijémonos un momento en los principales distritos ó países que formaban cada una de aquellas regiones, y sin descender singularmente á la multitud de pueblos que en ellas se agrupaban, convendremos desde luego con la opinion de los que aseguran que no solo la parte del litoral, sino el interior, ofrecia subsistencia y morada á cuantioso número de habitantes. En la Bética figuran en primer lugar los bástulos, ya admitan la denominacion de *pænos* (cartagineses), ó de fenicios, y entre sus ciudades Carteia, Calpe, Malaca y cuantas caian á la parte meridional de la actual Almería, Granada y Málaga, y á la oriental de Cádiz; los túrdulos, situados orillas del Bétis y confinando con los bástulos, entre cuyas poblaciones se contaban Córdoba, Obulco, Tucci, Illipula magna, Illiberis y otras muchas de las que constituyeron despues el reino de Granada;

las Beturias, céltica una y túrdula otra, que ocupaban la tierra hoy repartida entre las provincias de Badajoz, Córdoba, Sevilla, Huelva y parte del Alentejo, en Portugal, y entónces, poblada por las ciudades de Arunda, Acinipo, Nertobriga, Concordia Julia, Mellaria, Ciróbrica y otras muchas; los turdetanos, colocados en la parte occidental de Córdoba, al Sur de la de Sevilla y en medio de la de Cádiz, cuyas principales poblaciones eran Gades, Itucci, Bæsipo, Carissa, Hispalis, Itálica, Urso, Astigi, etc., y cuyos naturales tenian fama de ser los más ilustrados y doctos de toda España, pues se decia que hacian uso de reglas gramaticales y que conservaban escritas sus leyes, de más de seis mil años de antigüedad; finalmente, los bástulos, que extendiéndose por la costa desde la desembocadura del Bétis á la del Annas, ó lo que es lo mismo, por el Mediodía de la actual provincia de Huelva, poseian entre otras ciudades las llamadas *Læpa Latinorum*, Onuba, Perceiana, Urium é Ilipla.

La Lusitania, á la que estaban agregadas en parte las provincias de Beira, Alentejo y Algarbe. en el moderno Portugal, y en España las de Cáceres, Badajoz, Toledo, Avila y Salamanca, comprendia primeramente los lusitanos, con sus ciudades de Albocoris, Araducta, Æminium, Chetina, Tacubis, Turmogum, Eburæ, Norba Cæsarea, Augusta Emmerita y Licinniana; los vettones, á los cuales pertenecian Ocellum, Lancia Oppidana, Cattagóbriga, Salmántica, Augustóbriga y Manliana; los celtas, y en su territorio Laucóbriga, Miróbriga, Turres Albæ y Arandis; y por fin, los cinetas ó cynesios, que constituian el Algarbe, y tenian dentro de su jurisdiccion á Salacia, Pax Julia, Ossonoba, Cætobris y Julia Myrtilis.

No determinaremos tan puntualmente como quizá algunos desearian los límites de la España Tarraconense, por no prolongar demasiado un catálogo de suyo prolijo, y para nuestro objeto de escasa importancia y utilidad; pero no podemos prescindir de sus principales divisiones, si hemos de trazar, aunque reducido á pequeña escala, el cuadro de su extensa topografía, que ha sido objeto de largos estudios y controversias. En su extremidad oriental estaban los indigetes y sus ciudades de Emporiæ ó Empurias y Rhoda, Rosas, que desde remotos tiempos gozaban de suma celebridad; lindando con ellos por el lado

de Occidente se hallaban los castellanos, que algunos sospechan ser los igletas de Strabon; seguian los ausetanos ó authetanos, segun Ptolomeo, donde se elevaban Gerunda, Bæcula, Aquæ Calidæ y Ausa; los laletanos, con su más insigne ciudad, Barcino; los lacetanos, entre los rios Nucariola (Noguera), y Rubricatus (Llobregat); los cosetanos, en la provincia de Tarragona, y allí Tarraco, Subur y Oleastrum; los cerretanos, cæretes ó augustanos, segun diversos autores, con su principal poblacion Julia Libica, á quien Silo Itálico alaba por sus perniles y Marcial por sus generosos vinos; los ilergetes, ilerdenses surdaones, conforme á Plinio, y los vesicitanos, y en su territorio Bargusia, Osca, Burtina, Herda, y como equivalente de los surdaones, el que despues se llamó Sobrarbe; los vascones, gente denodada y fiera, á quienes corresponde la Navarra toda y parte de Guipúzcoa, Alava, Logroño y Zaragoza, así como las ciudades denominadas entónces Pompelon, Iaca, Cascantum, Tárraga y Alavona, que conservan con poca diferencia los mismos nombres; los várdulos, donde á la sazón está asentada Guipúzcoa; los caristos, que vienen á ser la Alava de nuestros dias; los autrigones, que tocando en las provincias dichas, se prolongaban hasta la de Santander; los cántabros, belicosos por excelencia, que tenian por límites el rio Nerva, á la parte de Oriente Logroño, Alava y Vizcaya, al Sur Palencia y Búrgos, y Asturias al Occidente; los turmogos ó murbogos, al Mediodía de los cántabros; los Betones ó Verones, situados en el país que despues se llamó Rioja; los pelendones, entre el Ebro y el Duero, límites de la provincia de Soria, de cuyas poblaciones fué una la inmortal Numancia; los bacecos, que ocupaban la provincia de Valladolid, por lo que entre sus ciudades se contaba Pincia y parte de las de Búrgos y Palencia, Leon y Zamora; los asturos ó astures, que se dividian en augustanos y trasmontanos, con veintidos pueblos diferentes y una poblacion libre de doscientos cuarenta mil hombres; la Gallæcia, en que estaban comprendidas casi toda la Galicia y las provincias portuguesas, conocidas por entre Duero y Miño y Tras los Montes, y cuyos habitantes se distinguian, los que ocupaban la parte septentrional, con el nombre de lucenses, y con el de bracarenses los que moraban hácia el Mediodía; los arevacos,

conjunto de pueblos que equivalian á la provincia de Segovia, tomando parte de las de Soria, Búrgos, Madrid y Guadalajara; los carpetanos, que se propagaban por las mismas provincias de Madrid y Guadalajara y la de Toledo; los oretanos, al Sur de Toledo, al Norte de Jaen y en medio de la provincia de Ciudad Real; los bastetanos, en los territorios de Cuenca, Albacete, Murcia, Almería y Granada; los contestanos, enclavados entre Valencia, Alicante y Murcia; los lobetanos, entre las fuentes del Tajo y los rios Cabriel y Turia; los olcades, entre el Cabriel y el Júcar; los ilercaones, de quienes eran tributarias en gran parte las provincias de Castellon, Teruel y Tarragona; los edetanos, situados entre Valencia, Castellon, Teruel y Zaragoza; y por último, los celtíberos, propiamente dichos, que ántes de efectuar su union con otros pueblos y considerados como mezcla de los celtas y de los iberos, unos y otros impulsados al interior desde las regiones marítimas, tenian circunscrito su territorio por las provincias de Cuenca, Teruel, Zaragoza, Soria, Guadalajara, Madrid y Toledo. En la España Tarraconense se comprendian tambien las islas Baleares, puestas como antemural y defensa de la Península ibérica, por el lado del Mediterráneo.

¡Qué diferencia de pueblos! ¡Qué multitud de gentes! De los primeros, unos se consideraban como *colonias*, es decir, como territorios poblados por la metrópoli, que gozaban derecho de ciudad, acuñaban moneda y podian emitir su voto en ciertas y determinadas tribus; ó que, aun cuando no hubiesen sido poblados por la metrópoli, habian alcanzado los privilegios concedidos á aquellas. Otras poblaciones existian en el concepto de *municipios*, y como tales disfrutaban del derecho del Lacio y de facultades más ó ménos amplias, como la de elegir un magistrado. Ciudades *libres* eran las que conservando sus leyes y organizacion propia, podian nombrar por sí sus magistrados, bien que políticamente dependiesen de Roma, contribuyendo á las guerras con recursos, con hombres y con caballos. Los pueblos *confederados*, en virtud del pacto de su alianza, estaban en estrechas relaciones con la metrópoli, mas no dependian de ella; al paso que los *vencidos* ó *dediticios* vivian en sujecion servil, enteramente sometidos á la voluntad y rigor de sus conquistadores.

A ser ciertos los cómputos de Plinio, habia en España ochocientos veintitres pueblos, y de ellos catorce colonias, nueve municipios, doscientas oncé ciudades latinas, seis libres, cuatro aliadas, doscientas noventa y una tributarias y doscientas noventa y cuatro contributas. A estos datos añade Strabon que al paso que la costa estaba muy poblada, veíase casi desierto el interior. Ciceron parece asegurar todo lo contrario; mas con que cada cual se refiera á distintas y apartadas épocas, podrán conciliarse sus opiniones.

Para la más pronta y regular administracion de justicia, se dividieron además las provincias romanas en *Conventos* jurídicos, que tal era su denominacion, en distritos ó tribunales parecidos á nuestras audiencias. Tenia cada convento su jurisdiccion limitada y propia, con arreglo á las localidades que comprendia; pero habia tambien algunos pueblos que, por privilegio especial, por abuso ó mal entendida organizacion, no dependian del convento más próximo, teniendo que acudir á otro más distante.

Siete eran los conventos de la provincia Tarraconense: el señalado con este nombre, su capital Tarragona (Tarraco); el Carthaginense, que por principal tenia á Cartagena (Carthago Nova), el Cesar Augustano, con Zaragoza (Cæsar Augusta) por capital; el Cluniense, situado en Coruña del Conde (Clunia); el Asturiense, en Astorga (Astúrica); el Luciense, en Lugo (Lucus Augusti); y el Bracarense, en Braga (Braccara Augusta). Constaba esta provincia de ciento setenta y nueve ciudades, de ellas trece romanas, diez y ocho latinas antiguas, doce colonias, una confederada y ciento treinta y cinco estipendiarias. *Tarraco*, capital como queda indicado del convento Tarraconense, era ciudad antiquísima, muy favorecida de los Scipiones, y célebre por sus telas de lino, que se blanqueaban con las aguas del Tichis. Al mismo convento pertenecian *Ausa* ó *Ausona*, llamada tambien *Vicus Ausonensis* y *Vicus Aquarius*, de donde tomó despues el nombre de Vich, la cual redujo á su poder Aníbal ántes de pasar á Italia; *Aquæ Calidæ* (Caldas de Montbuy), excelente por sus aguas termales, que todavía conserva; *Gerunda* (Gerona), que disfrutaba el fuero del antiguo Lacio; *Barcino* (Barcelona), fundada por Amilcar Barca, donde tuvieron guarnicion los cartagineses; *Fines* (Martorell), con un antiquí-